

El Sueño de la Química

Alán Aspuru Guzik*

Uno no puede explorar nuevos países en trenes express

A. Kekulé

Los tiempos actuales son de cambios; grandes cambios que alteran nuestra forma de vivir en sólo unos cuantos años. Por ejemplo, cuando era niño tenía una computadora con quinientas veces menos memoria que la que tengo ahora, con tres mil veces menos capacidad de almacenamiento, con 120 veces menos velocidad de procesamiento, etcétera. He crecido con las computadoras. Al mismo tiempo he tenido la oportunidad de adentrarme por los terrenos de la química desde antes de entrar a la universidad, donde aprendí diagramas de predominio de especies, espectroscopía infrarrojo, teoría VSEPR, etcétera, para luego poder conocer a otros jóvenes del mundo interesados en lo mismo, con la misma inquietud de saber.

He sido afortunado, el mundo no ha dejado de asombrarme, ni lo dejará de hacer con todo el andamio que tenemos para seguir construyendo el rascacielos del conocimiento, un rascacielos que parece, como la torre de Babel, intentar llegar a las más altas nubes para poder hablar con Dios, con el dios de la Ciencia, la Naturaleza.

Pero tal vez no sólo debamos ver cómo están las vigas de nuestro andamio en este momento, o qué está planeando hacer la humanidad para el siguiente piso, sino debiéramos aprender de los que construyeron los cimientos, la base de la esencia que distingue al genio de las masas: la creatividad.

Creativo, el que escuchando un concierto, soñó con moléculas danzando ante sus ojos, con un andamio hecho de carbono, con una molécula orgánica estructurada. El que es tan creativo como el que concibió un bulbo, como el que el que imaginó la máquina perfecta...

—“¡Su ventaja fue haber estado en un mundo en el que poco había sido descubierto!”— podría aducir un estudiante de nuestra época.

El andamio ha crecido tanto, que ahora es fácil dedicarse a edificar la torre de la misma manera que tantos otros constructores lo hacen, seguir apilando ladrillos de la misma manera, sólo que ahora somos más, ahora lo hacemos más rápido, etcétera.

—“¡Su ventaja es tener todo a la mano, ya digerido y procesado, y poder dedicarse a aumentar el acervo de conocimiento!”— podrían interpelar tal vez Dalton, Kekulé o Carnot.

Pero nosotros tenemos que dilucidar una desventaja, la

desventaja del lente distorsionador de la ciencia, oír a nuestros maestros decir: “Es así joven, el mecansimo SN1 predomina en esta reacción.” Sin poder interpelar o dudar si acaso lo que dice es cierto; de escuchar acerca de la desaparición de los dinosaurios, sin preguntarnos si un asteroide realmente pudo haber sido el culpable; de pedir en los medios de información electrónica el color de la larva del escarabajo chato de Uganda, y encontrarlo en segundos. Es decir, estamos atrapados en un bombardeo de conocimiento analizado y sistematizado previamente, y del que todo mundo está *convencido*.

—“¿Y qué riesgo representa eso? Yo, con lo que ustedes tienen devoraría al mundo”— podría decirnos un científico del siglo XVIII ó XIX.

Y nosotros le podríamos argumentar, que en este sistema, el alumno de ciencias promedio producirá conocimiento de acuerdo a la tendencia general, a lo de moda, a lo que *públicamente es lo más aceptable y correcto*.

Esto sí, siguiendo esta tendencia a cada segundo aumenta en millones nuestro acervo de datos técnicos, métodos de análisis, programas informáticos, música *techno*, *deep house*, cumbia, etcétera.

Nos limita también la capacidad de imaginar nuevas formas de ver las cosas, nuevas perspectivas o panoramas del mismo paisaje, a ver otras moléculas danzando o soñar con anillos aromáticos, a pintar con acuarela como creemos que vibran las moléculas en un infrarrojo, a danzar al ritmo del *twist* de los hidrógenos.

Nos asusta adentrarnos por terrenos oscuros, entrar a cuevas que nadie ha pisado, o navegar en mares de los que nadie ha regresado, en donde los que realmente se aventuran son los valientes, los deseosos de conocer, los aventureros que saben que tal vez no regresen de su empresa, pero siguen ahí, buscando su objetivo.

—“¿Alguna vez te has preguntado cuál es el objetivo de la ciencia?”— nos pueden gritar ellos. Y los valientes están de acuerdo en que estamos aquí para responder las preguntas acerca de nosotros y del mundo sobre el que nuestra naturaleza humana nos hace preguntarnos cada segundo.

Eso es lo que creo que debemos aprender de ellos: ser inteligentes y aprovechar la coyuntura ante la que nos encontramos, utilizar el caudal de datos, técnicas, teorías, que tenemos a la mano gracias a la Revolución de la Información, y a utilizar el poder escondido en cada uno de nosotros, la **creatividad**, tanto en la ciencia como en la vida, para así poder presumir de que llegaremos a ser los científicos del siglo XXI. Los científicos que construiremos el futuro aprendiendo del pasado, los que continuaremos con el sueño interminable de la Química. ■

* Alumno de “Introducción a la Química Orgánica” (profesora Martha Albores), Facultad de Química, UNAM, México, D.F., 04510.